

LA EXPERIENCIA VIVIDA, UN RETO PARA
LA HISTORIA PROFESIONAL MODERNA:
CALIFORNIANOS DEL SUR E HISTORIADORES
CIENTÍFICOS ANTE EL CAMBIO DE SIGLO

*Lived Experience, a Challenge for Modern Professional
History: Southern Californians and Scientific Historians
at the Turn of the Century*

David THELEN

*Indiana University. Journal of American History, 1124 Atwater,
Bloomington, Indiana 47401, Estados Unidos*

BIBLID [(1999) 17; 145-172]

RESUMEN: El autor de este trabajo se propone trazar un esbozo de los diversos niveles de experiencia y las distintas voces con que los individuos hablan de los cambios que se producen en el transcurso del tiempo. Al mismo tiempo, analiza con mayor profundidad el proceso por medio del cual los historiadores profesionales configuraron una técnica de narrar relatos que se centraba en una serie de temas muy restringidos, a la vez que definían su tarea de historiadores en relación con un público igualmente limitado. Y todo ello en un momento crucial, el del cambio de siglo, que propicia la reflexión histórica de los individuos y la pretensión de los historiadores por construir una historia diferente y hacerse con una nueva voz que les permita llegar al mayor número de personas.

Palabras Clave: Cambio histórico, fin de siglo, relato historiográfico, historiadores.

ABSTRACT: The author of this study seeks to outline the diverse levels of experience and the different voices with which individuals speak of the changes that occur over time. At the same time, a deeper analysis is made of the process by which professional historians shaped a technique for narrating stories centred on a very

restricted series of topics, while they defined their task as historians in relation to an equally limited public. And all this at a crucial moment, the turn of the century, which favours the historical reflection of individuals and the aim of the historians to construct a different history and assume a new voice that will allow them to reach a greater number of people.

Key Words: Historical change, turn of the Century, Historiographic accounts, Historians.

Inherente a nuestra condición humana es la creación y recreación de relatos sobre quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos. Las personas narran múltiples tipos de relatos: historias sobre sí mismos en su calidad de individuos, sobre su familia, su tierra y su comunidad, su profesión y su religión, su sexo, su etnia y sus ideas políticas, su región, su nación y, en suma, sobre su condición de seres humanos. Con las instituciones, los regímenes y las culturas ocurre algo semejante, también tienen sus historias. Sus miembros (y sus enemigos) discuten y hacen planes sobre su futuro narrando, e impugnando, relatos sobre sus respectivos orígenes. El reto al que se enfrenta el historiador consiste en decidir cuál de estos niveles de experiencia va a constituirse en el núcleo de su relato, cuáles son las voces a las que ha de prestar atención a la hora de elaborarlo y dónde, y de qué manera, desea insertar dichos relatos en un mundo como el nuestro, en el que no hay individuo que no considere que ha de ser su propio nivel de experiencia el que sirva para definir el marco de la vida. En este trabajo me propongo trazar un esbozo de los diversos niveles de experiencia y las distintas voces con que los individuos hablan de los cambios que se producen en el transcurso del tiempo. Posteriormente, pasaré a analizar, de forma más exhaustiva, el proceso por medio del cual los historiadores profesionales configuraron una técnica de narrar relatos que se centraba en una serie de temas muy restringidos, a la vez que definían su tarea de historiadores en relación con un público igualmente limitado.

Los momentos más adecuados para oír a la gente hablar sobre su experiencia del cambio y de la continuidad son aquéllos en los que las personas se sienten impelidas de forma natural a reflexionar sobre lo ya ocurrido y lo que puede llegar a suceder, sobre qué cosas parecen mejorar y cuáles ir a peor. Los cambios de siglo impulsan a la gente a contemplarse a sí mismos en términos históricos, a reflexionar sobre qué les satisface y qué les desagrada de aquellas trayectorias que consideran más importantes para su propia vida y para la de sus sociedades. Limitar nuestro campo de indagación a las narraciones que se relatan en un mismo punto en el tiempo —pongamos que alrededor del año 1900— tiene la ventaja de que, al compartir todos los narradores un mismo marco temporal, nos será más fácil percibir cuáles eran las alternativas y las limitaciones a partir de las cuales se crearon tales relatos.

El período que se extiende en torno al momento del cambio de siglo reviste particular interés ya que, por vez primera —tanto en Europa como en los Estados Unidos—, los historiadores y otros intelectuales se esforzaban por definir una

nueva voz con la que hacerse escuchar por el público, coincidiendo con una época en la que nuevas y formidables instituciones, como los medios de comunicación de masas, comenzaban a emerger para recoger la voz de los individuos subsumidos en la masa. En tanto que los historiadores académicos empezaban a definir una nueva historia científica, entendida como narración de los desarrollos institucionales, otros escritores expresaban su preocupación ante la vacuidad y amoralidad de las nuevas instituciones de masas. El debate político se centró finalmente en la cuestión de si aquellas naciones e instituciones que tanto se habían fortalecido en los últimos tiempos, podrían seguir suscitando la lealtad de los ciudadanos mediante unas modalidades de “patriotismo” que poseían un carácter cada vez más coercitivo. El debate, iniciado en 1898 con las protestas formales de los intelectuales franceses durante el *Affaire* Dreyfus, se planteó en términos de un enfrentamiento entre la conciencia individual y la arrogancia de los gobiernos, la vacuidad de las instituciones y la amenaza de “la masa”. A menudo los intelectuales identificaban a “la masa” con aquellas instituciones que se preciaban de tener la capacidad de movilizar gran número de individuos. El descubrimiento de “la masa”, íntimamente ligado a la creación del concepto de “intelectual”, hizo que el tema más candente fuera saber si las instituciones de masas habían privado a los individuos de su capacidad de pensar (y en consecuencia de crear relatos auténticos) por sí mismos. En los Estados Unidos la protesta contra tales instituciones adquirió un grado notable de originalidad en los intentos de William James de encontrar vías para que la autoridad permaneciera en manos del individuo, a la vez que negaba a las instituciones y al Estado la capacidad de transformar su poder en legitimidad popular.

En el presente trabajo me propongo analizar una serie de relatos que las gentes contaban en el año 1900; seguidamente me ocuparé de la manera en que los historiadores intentaban a su vez elaborar nuevos tipos de relatos en nombre de una historiografía moderna, profesional y “científica” para, finalmente, exponer la visión alternativa creada por William James en oposición a los relatos institucionales de los historiadores de su tiempo (y del nuestro). De hecho, el reto planteado por James resuena con más fuerza en nuestro cambio de siglo que en 1900.

Las personas no sólo vivimos en una época sino también en un lugar. Por eso quisiera circunscribir mi búsqueda de relatos del cambio de siglo a un lugar determinado. Empezaré a seis mil millas de Madrid, en el rincón del mundo en el que resido actualmente. A lo largo de la costa del Pacífico, al norte de la Baja California, las playas de arena se topan con grandes farallones de tierra que, a su vez, dan paso a un paisaje de áridas colinas que se extiende tierra adentro hacia los desiertos y las sierras. Durante la estación invernal de las lluvias —que puede llegar en cualquier momento entre noviembre y marzo— los aguaceros descargan en los valles que se abren entre las colinas, formando arroyos y ríos que desaguan en el Pacífico hasta que, acabada la estación lluviosa, terminan por secarse. Hace mucho tiempo que su clima benigno y la abundante fauna de su tierra y sus aguas lo han convertido en un lugar especialmente atractivo para la habitación humana. Además está el Pacífico, uno de cuyos rasgos característicos son esas superficies en perfec-

ta calma que, súbitamente, se ve quebrantada por unas olas, surgidas de nadie sabe dónde, que rompen contra las playas formando las famosas “olas de *surf*” del sur de California.

Es éste un rincón del mundo especialmente adecuado para fijarse en cómo los historiadores y otras gentes registran los cambios y las continuidades en el tiempo. Los historiadores, cuyo principal interés son las instituciones y las naciones, nos dirán que hoy en día, en vísperas del siglo XXI y de un nuevo milenio, California del Sur es un lugar intrínsecamente americano que ejerce una influencia muy significativa en el resto del mundo. Sus dos principales ciudades, San Diego y Los Ángeles, se encuentran entre las seis más grandes de los Estados Unidos. Su mayor industria, el entretenimiento de masas, y su capital tradicional, Hollywood, son en todo el mundo sinónimo de cultura popular (y tal vez de la propia cultura norteamericana). Desde el mundo del diseño de moda hasta el de la música pop, pasando por las diversas terapias para el cuidado de la mente y del cuerpo, la California del Sur de vísperas del siglo XXI parece ser a la vez foco y receptáculo de todos los temas y tensiones centrados en torno a la cultura consumista y la realización personal. Ciertamente se nos presenta como la culminación natural o lógica de la cultura norteamericana, la última frontera de aquel movimiento de gentes e ideas que, partiendo de la costa este, emprendió marcha en dirección oeste; el “Sueño Americano” confirmado y hecho realidad.

Y, sin embargo, California del Sur debería de echar por tierra todo intento por parte de los historiadores de presentar su historia como la culminación de la nacionalidad norteamericana. La colonización europea no llegó del este sino del sur. Sus orígenes no arrancaban de los enfrentamientos religiosos y constitucionales británicos, sino del empeño del Imperio español en bloquear la expansión rusa en la costa del Pacífico durante la segunda mitad del siglo XVIII. En 1769, Fray Junípero Serra fundaba la misión de San Diego de Alcalá, el primer puesto de avanzada de la sociedad y el poder españoles en la remota provincia de la Alta California. De tal modo, mientras Virginia y Massachusetts se oponían a la aplicación de las últimas leyes emanadas del parlamento británico, en la región que nos ocupa, los padres misioneros y las guarniciones militares trataban de consolidar y proteger los asentamientos europeos contra los ataques de los indios. Para las gentes que vivían en esta tierra la revolución que realmente contó no fue aquélla que expulsó a los británicos, sino a los españoles, y el nuevo país del que pasaron a formar parte no fueron los Estados Unidos de América, sino los Estados Unidos de Méjico. De hecho, los habitantes de esta parte del mundo no pidieron formar parte de los Estados Unidos de América, como lo hicieron en 1776 los de Massachusetts o como lo harían en 1850 los de Carolina del Norte. Mientras los Estados Unidos de América desarrollaban una política destinada a promover la colonización y la extensión del poder estatal hacia las tierras del interior, California del Sur se mantenía dentro de los parámetros propios, primero del colonialismo español y después de la administración mejicana; unos parámetros que habrían de perdurar hasta mucho tiempo después de que Méjico cediera el territorio a los Estados Unidos en 1848 e incluso después de que California se convirtiera en Estado en 1850. Las decenas de

millares de estadounidenses que afluyeron a California del norte con la esperanza de hacer fortuna con el oro, pasaron de largo los extensos ranchos mejicanos que cubrían las colinas de California del Sur. Tan sólo con la llegada del ferrocarril a la zona en las décadas de los 70 y de los 80 comenzaron los norteamericanos a adquirir tierras, a asentarse y a transformar el paisaje de aquel territorio, hasta establecer una conexión efectiva entre California del Sur y los Estados Unidos. Con todo, la subsiguiente historia de la cultura, las migraciones y la política de California del Sur habría de permanecer íntimamente ligada a la de Méjico¹.

Considerando las particularidades de este desarrollo histórico hay buenas razones para dudar que los relatos de carácter nacional constituyan un marco de referencia adecuado para escuchar lo que sus habitantes tengan que decirnos sobre la continuidad y el cambio en el año 1900. En este caso nos aproximamos a un territorio cuyos lazos con los Estados Unidos de América eran muy recientes y débiles.

La noche del 31 de diciembre del 1900, los habitantes de San Diego y de Los Ángeles se congregaban en sus hogares, en la calle, en las iglesias, en las sedes de las hermandades o en los hoteles para despedir el siglo XIX y dar la bienvenida al siglo XX. Los tranvías circularon hasta altas horas de la madrugada para llevar a sus casas a las personas que habían tomado parte en las celebraciones. En San Diego, más de 2000 personas —la mayor de todas las aglomeraciones— envueltas en el aroma del incienso, se agolpaban en la iglesia de Saint Joseph para celebrar con carácter excepcional una misa de medianoche en la que participaba un coro expresamente reunido para la ocasión. En las fiestas de fin de año que se celebraron en las sedes de hermandades como los *Woodmen of the World* (Los Leñadores del Mundo) o la *Court Silver Gate Lodge 138* de los *Foresters of America* (La Logia 138 de la Puerta de Plata del Atrio de los Guardas Forestales de América), la principal diversión fue el baile. Entre tanto, cien millas al norte, cuando dieron las 12, un cañón situado en la sede del periódico *Los Angeles Times* “despidió con un estampido al viejo año y dio la bienvenida con sonoro y alegre estruendo al nuevo, mientras la sirena del edificio del *Times* se le unía con su vigoroso aullido. Esta era la señal esperada para iniciar la barahúnda. Campanas, silbatos y pistolas se unieron al clamor general.”

Al informar sobre la manera en que los californianos del sur habían interpretado este momento de transición, los periódicos recogían distintos niveles de experiencia y orientaciones contradictorias. Los editorialistas equiparaban este momento a un apoteósico salto adelante en la historia que, necesariamente, había de desembocar en un porvenir aún más brillante. Desde las páginas del *Union* de San Diego se hacía la siguiente reflexión: [hacia un siglo] “las costas de la bahía de San Diego no estaban habitadas por blancos”, a excepción de “unas pocas casas

1. John H. CAUGHEY, *California* (Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1953 ed.), cap. 26; Abraham F. Lowenthal y Katrina Burgess, eds., *The California-Mexico connection* (Stanford, 1993).

de adobe aisladas del mundo exterior.” Lo cierto era, según aseguraba el *Union*, que hasta 1875 poco más o menos, San Diego no había sido más que una aldea aislada y somnolienta. Sin embargo, a la altura del 1900, “el aislamiento ha terminado. Gracias al ferrocarril, al telégrafo y al teléfono nos comunicamos con el mundo exterior y tenemos periódicos que nos traen las noticias que se producen en cualquier parte del globo terráqueo”. Desde la noticia de que los mercados del este pedían a gritos que se les enviaran los limones que se cultivaban en las nuevas huertas de San Diego, hasta su promoción de La Jolla y Coronado, dos centros turísticos “de fama mundial” y foco de atracción para los visitantes del este, pasando por su informe sobre las nuevas instalaciones ferroviarias de las marismas, que facilitarían la descarga de mercancías desde los vagones a los nuevos vapores mercantes que hacían la ruta del Oriente y de Europa; o sus expectativas de que “gracias al impulso civilizador del gobierno norteamericano y de los gobiernos europeos, el Oriente se vea forzado a abrir sus puertas al comercio”, el *Union* veía por todas partes signos de que el impulso de la historia conducía a un futuro de crecimiento económico y competitividad que acabaría con el aislamiento tanto en el tiempo como en el espacio.

El periódico *Los Angeles Times* sostenía que: “El siglo que ahora concluye pasará a los anales de la historia mundial como una época de progreso sin parangón posible con ninguno de los siglos anteriores”; para continuar afirmando que: “la inteligencia humana, despierta por fin tras un aletargamiento de siglos, dirigió su mirada hacia el mundo material y descubrió las ilimitadas posibilidades de progresar que ofrecía la subyugación de las fuerzas de la naturaleza. Los logros materiales han superado a los de todos los siglos anteriores; ha sido la época de las grandes investigaciones y hallazgos científicos, a los que ha seguido su inmediata aplicación práctica para satisfacer las necesidades humanas; una época en la que, debido al inmenso incremento de las potencialidades humanas, se ha producido una profunda transformación de las costumbres; una época que ha conocido una expansión territorial y un crecimiento de la población de raza blanca, genuina abanderada del proceso civilizador, que carece de precedentes. No hay indicio alguno que haga pensar que este progreso vaya a detenerse”. En opinión del *Times*, “la más portentosa de todas las historias de este siglo que acaba de concluir es la historia del desarrollo de los Estados Unidos” y, de modo especial, de sus instituciones de “autogobierno representativo”. “La levadura de la libertad... ha fermentado en todos los sistemas políticos del mundo civilizado... aportando a las grandes masas de los gobernados, de toda latitud y bajo cualquier bandera, libertades en continuo crecimiento” y a los Estados Unidos “corresponde desempeñar adecuadamente el papel otorgado por el destino” en su calidad de modelo y exportador de la libertad y del autogobierno representativo, en un proceso que habrá de conducir al “autogobierno de toda la familia humana”.

Ambos rotativos coincidían en presentar un relato lleno de confianza en el progreso y el crecimiento, tanto material como intelectual, y en su idea de que la democracia norteamericana constituía el glorioso modelo que había que imitar; no

obstante, también recogían testimonios que indicaban que, para algunos de los habitantes de California del Sur, este proceso histórico podría haber tenido también, junto a sus ventajas, algunos efectos negativos. Era tal la importancia que se atribuía al cambio de siglo como momento de transición, y tan aguda la percepción de que el progreso podría también acarrear males, que los Baptistas de California del Sur decidieron celebrar un “congreso del centenario” que se inició 24 horas antes de que se produjera el final de siglo y se prolongó durante las primeras 24 horas de la nueva centuria. Fueron más de sesenta las congregaciones que enviaron representantes. El reverendo E. H. Brooks, de Long Beach, comenzó su alocución ante el congreso en un tono similar al de los editorialistas: “En muy gran medida éste ha sido el siglo del desarrollo... la expansión ha sido prodigiosa”, pero, inmediatamente, pasaba a lamentarse de que “la formación religiosa” hubiera fracasado en su intento de adaptarse a dicho desarrollo. A la educación religiosa le ocurría lo que “a los ríos de California del Sur, que su capacidad para satisfacer las necesidades energéticas de una ciudad en rápida expansión como Los Angeles es del todo insuficiente”. Otro indicio de que los Baptistas se sentían inquietos por toda aquella palabrería sobre un constante proceso de superación lo tenemos en la pancarta que se desplegó en el congreso, que rezaba: “Luchemos firmemente por la fe que de una vez para siempre fue entregada a los santos”. Así, para el reverendo M.B. Shaw, la Biblia era: “ese don sobrenatural, glorioso e imperecedero que Dios ha otorgado a la humanidad”. Por su parte, el reverendo Myron Cooley arrancó grandes aplausos y exclamaciones de “Amén” en las jornadas finales del congreso al proclamar que el propósito de la religión era ofrecer resistencia al curso general de los acontecimientos y levantar la bandera de lo eterno e inmutable frente al cambio: “Hoy en día hay una tendencia a convertir las iglesias en clubes sociales y centros de diversión, ¡quiera Dios librar a las Iglesias Baptistas de California del Sur de semejante plaga!” A su vez, el reverendo A. J. Frost proclamaba orgulloso, haciendo uso de una etiqueta que habría provocado la burla de los editorialistas: “Los baptistas no estamos a la moda”.

En una época en que el crecimiento en tamaño y en número era el rasero por el que se medía el progreso —incluso para las propias iglesias—, en un momento en que las instituciones de “masas” parecían ser las abanderadas del futuro, George A. Hough, miembro de la Primera Iglesia Metodista, predicaba en Los Ángeles contra tal tendencia, recalcando que “los hombres no serán salvados en masa, sino uno por uno... pues la salvación recae sobre los hombros de cada cristiano individualmente”. En una “celebración del final de siglo” que tuvo lugar en una iglesia unitaria de Los Ángeles, uno de los oradores expresó su esperanza de que “esa codicia insaciable que hoy en día es uno de nuestros rasgos más característicos habrá desaparecido” para finales del siglo XXI, “y que entonces no se consentirá que haya hombre o mujer que carezca de ropas o alimentos”. Por más que el *Union* aplaudiera los cambios en las ideas, no por ello dejaba de publicar la admonición intemporal que el doctor C.T. Wilson dirigía a la congregación de la Iglesia Primera de los Episcopalianos Metodistas: “no hay mayor bendición que convencer a al-

guien de que escape a la ira que se avecina y se redima de sus pecados”, un mensaje que, a su entender, seguía siendo tan válido entonces como en el momento en que lo pronunció San Pablo. El *Union* también publicó —aunque precedido de la advertencia a los lectores de que “las opiniones de Mark Twain se están volviendo un tanto virulentas”— un artículo del escritor, titulado “Impresiones del Año Nuevo”, en el que se decían cosas de este cariz: “Aquí tenéis a esa majestuosa matrona que llamamos Cristiandad, regresando desgredada, mancillada y deshonrada de los ataques piráticos de Kiao-Chow, Manchuria, Suráfrica y las Filipinas; su alma henchida de mezquindad, los bolsillos bien llenos y la boca repleta de pía hipocresía. Dadle toalla y jabón, pero escondedle el espejo”.

Desde los bautistas a Mark Twain, la prensa recogía las opiniones de personas que medían el curso de la historia no por el rasero de lo lineal, mundano, material o temporal, sino por una escala de lo histórico completamente distinta. En tales relatos históricos los individuos no se situaban en una dimensión lineal del tiempo, sino en la recreación infinita de un drama central que se había iniciado con la Caída de Adán. El drama central de la vida humana no tenía nada que ver con los intentos de mejorar la propia suerte o con los esfuerzos necesarios para mantener una familia, de lo que se trataba era de vencer al pecado original y su perduración en el tiempo para conseguir, finalmente, la inmortalidad que Dios había concedido a los seres humanos como un objetivo a su alcance. En un mitin evangelista celebrado en San Diego por la Iglesia Episcopal Metodista, el doctor C.T. Wilson explicaba que: “El Génesis registra los hechos, y nos indica los principios. Si el hombre fue creado para desarrollar todo su potencial como ser, entonces es que fue creado para la inmortalidad. Mas ¡cuán grande es el destrozo que ha hecho el pecado! El pecado es un acto de la voluntad, un acto de rebeldía contra la ley y el amor de Dios. El pecado es egoísmo. La criatura se aparta de la voluntad del Creador y, en lugar de volverse en amorosa veneración hacia Él, orbe central del universo moral, establece un nuevo centro, el yo. Perdida la armonía con Dios, con la conciencia y con el entorno, el alma nunca encuentra la paz”, hasta que, por supuesto, el pecador se arrepiente de su egoísta insumisión, vuelve a la obediencia de Dios y es recompensado con la paz interior y la inmortalidad. Todo ello, como puede apreciarse claramente, responde a una concepción de cuál es el significado de la historia y qué es lo que en ella está en juego muy alejado de aquella otra concepción expresada por los editorialistas de los periódicos.

En el año 1901 eran muchos los ciudadanos de California del Sur que insertaban sus historias personales en ese relato inmutable y eterno que se extendía desde el principio hasta el final de los tiempos. En San Diego, los asistentes a un mitin evangelista subían al estrado uno por uno para dar testimonio de cómo, al adherirse a tal relato eterno, sus vidas habían cobrado un nuevo sentido. En otro mitin, en esta ocasión celebrado por la Primera Iglesia Metodista en la víspera de Año Nuevo, se tuvo que dedicar una hora y media entera a escuchar las historias personales de todos aquellos que deseaban dar testimonio de sus esfuerzos por adaptar sus vidas a las pautas marcadas por ese relato inmutable.

La prensa no se limitaba a dejar constancia de cómo algunos de los ciudadanos de California del Sur ajustaban sus vidas a una trayectoria histórica intemporal, también recogían las historias de otros ciudadanos que creaban, y se encuadraban, en otro tipo de relatos, fundados en sus propias circunstancias, lealtades y tradiciones. En California del Sur había docenas de organizaciones que ofrecían a sus miembros una serie de relatos que les explicaban cuáles eran sus orígenes y hacia dónde debían encaminar sus vidas; en suma, relatos que aspiraban a insertar las vidas individuales en un marco histórico más amplio. Algunas de ellas —por ejemplo, las iglesias y las fraternidades— se basaban en complejas historias sobre los orígenes y en una serie de rituales que distinguían a sus fieles del resto de los mortales. Sin embargo, otras, por ejemplo el *Grand Army of the Republic* (Gran Ejército de la República), se limitaban a acoger a una serie de personas que habían compartido determinada experiencia histórica, en este caso su pertenencia al Ejército de la Unión durante la Guerra de Secesión. Aún había otras que, como ocurría con las *Daughters and Sons of the American Revolution* (las Hijas e Hijos de la Revolución Americana), permitían a sus miembros identificarse con determinados acontecimientos patrióticos del pasado, lo cual les confería el derecho a reivindicar para sí un linaje patriótico que no estaba al alcance de otros emigrantes más recientes. Una organización como los *Native Sons of the Golden West* (los Hijos Autóctonos del Dorado Oeste), se dedicaba a fomentar el orgullo por una historia de California con un sello, tan inequívocamente anglo-americano, que podría decirse que su principal empeño era borrar toda huella del pasado español y mejicano. De hecho, el 28 de diciembre de 1899, el Salón de San Diego (y el término usado para designar a sus logias es ya bastante indicativo de la sensibilidad anglo-victoriana de las elites que formaban parte de esta organización), impuso unas medallas y concedió una serie de certificados a aquellos californianos que habían luchado en la reciente guerra contra España. En una línea similar se encontraba otro grupo, los *Pioneers of Los Angeles County* (los Pioneros del Condado de Los Ángeles), que, por aquellos años del cambio de siglo, celebraba reuniones periódicas donde se presentaban ponencias —en enero de 1901 el tema elegido fueron los inicios de las actividades empresariales en Los Ángeles durante la década de los 50— en las que los pioneros y el propio proceso de colonización se identificaban con la llegada de los anglo-americanos y no de los españoles o los mejicanos, por más que ellos hubieran sido los verdaderos pioneros del comercio en la zona. Si bien un rasgo común de la mayor parte de los grupos que trataban de integrar a sus miembros en la gran corriente de la historia era su afán por eliminar (y cabe pensar que con tal idea se fundaron) todo rastro del pasado indio, español o mejicano, no es menos cierto que se hizo una excepción muy significativa, precisamente en el momento en que los Estados Unidos asumían su misión “civilizadora” con respecto a pueblos “atrasados”, como eran los cubanos o los filipinos. Y así, las mismas personas que habían denunciado la barbarie colonial española, no dudaron en ensalzar durante la década de los 90 aquellas medidas coloniales implantadas por los españoles que habían conducido finalmente a la fundación de las

misiones indias. En una reseña del *San Diego Union* del 1 de enero de 1901 se hacían los más calurosos elogios de un libro recién publicado —obra de un funcionario del Condado de nombre H.W. Holcomb—, que llevaba por título *Old Mission Rhymes* (Versos de las Antiguas Misiones), y que contenía una serie de versos, acompañados de ilustraciones, sobre las vidas y enseñanzas de cerca de noventa “padres misioneros”, que habían puesto el máximo empeño en convertir y ganarse la confianza (y el trabajo) de los indios.

Aunque los directores de los periódicos no escribieron nada que se pueda comparar a los angustiados tratados de los intelectuales del *fin de siècle* en París o en Viena, las páginas de sus rotativos estuvieron abiertas a la publicación de relatos en los que sus conciudadanos mostraban el lado oscuro tanto del progreso material como de la exportación a otras latitudes del comercio, los valores políticos y las instituciones norteamericanas. En tales relatos se citaba a aquellas autoridades que pensaban que lo eterno era mejor que lo cambiante o que la autoridad divina era superior a la de la ciencia o la moda. No es fácil determinar si las distintas sensibilidades reflejan una actitud ambivalente en el seno de cada individuo, o si más bien se trata de que distintos individuos divergían en sus opiniones sobre un mismo tema; en cualquier caso, lo cierto es que la prensa daba acogida a juicios contradictorios sobre los relatos centrales que hacían referencia al cambio de siglo. La descripción que hacía el *Times* de algunas de las muchas fiestas que se celebraron en las zonas residenciales de Los Ángeles para dar la bienvenida a la nueva era de progreso y de cambio quizá pueda servirnos para ilustrar el peculiar modo en que se solapaban los distintos discursos narrativos: “Las gentes permanecieron en la calle hasta bien entrada la madrugada, muchos cantaban ‘Loado sea el poder del nombre de Jesús’”. Tal celebración del cambio mediante un himno dedicado a lo eterno resultaba “hermosa, adecuada e impresionante”.

Los periódicos también recogían testimonios que dan a entender que, para los californianos del sur, los momentos y las trayectorias cruciales que suscitaban en ellos pensamientos sobre la continuidad y el cambio eran los nacimientos, las muertes y las bodas. Estos eran los hitos que recibían mayor atención por parte de los dos periódicos que estamos usando como fuente. El *Union* de San Diego, por ejemplo, informaba del enlace matrimonial entre Clara Elizabeth Misner y Fred L. Bentzel en la Primera Iglesia Baptista, de la muerte del hijo de 13 años de la familia Crane y del natalicio de un hijo del señor y la señora Shaw. Por su parte el *Times*, en su edición del primer día del nuevo siglo, recogía una relación de los nombres de 25 parejas que habían solicitado licencias matrimoniales e informaba de un nacimiento y de cuatro defunciones que se habían producido en Los Ángeles. Las transiciones que verdaderamente importaban eran aquellas que afectaban a la vida individual y familiar de las personas. Los ritmos de la continuidad y del cambio no tenían nada que ver con las ideas sobre el aislamiento, la competitividad o el crecimiento, sino con el nacimiento, el matrimonio y la muerte. Ambos periódicos daban por sentado que sus lectores querían que se les contara la “triste” historia de Aaron Thompson, un muchacho de 13 años que había sido “el hombre de la casa”

mientras su padre trabajaba en el condado de Santa Bárbara. Con objeto de que su familia pudiera preparar una buena comida para celebrar el regreso de su padre, el joven Thompson había salido a la caza del conejo el día de Año Nuevo. Mientras correteaba por un terreno erizado de enormes rocas, la escopeta se le cayó delante y se disparó, produciéndole la muerte. En lugar de los relatos lineales y elementales sobre el proceso de desarrollo de los editorialistas, aquí nos encontramos con unas historias que no nos hablan de grandes logros, de constantes mejoras o de afluencia material, sino de tragedia y tristezas; sentimientos y destinos muy comunes que escapan a la esfera del gran tema del progreso. Tales eran los puntos de arranque a partir de los cuales los individuos comenzaban a plantearse su inserción en relatos más amplios².

La misma semana en que el estampido del cañón y el aullido de la sirena del edificio del *Times* habían marcado el momento del cambio de siglo, doscientos historiadores se reunían en Detroit para celebrar la reunión anual de la *American Historical Association* (Asociación de Historiadores Americanos). La idea de los cambios de siglo brilló por su ausencia. Ni en los informes publicados sobre la reunión de Detroit ni en la correspondencia del secretario y editor de la *A.H.A.* he encontrado mención alguna al tema del final de siglo, algo en verdad sorprendente, tratándose de la organización profesional norteamericana a la que más debería interesar el tema de las continuidades y los cambios. Lo cierto es que si, partiendo de aquella víspera del día de Año Nuevo en Detroit, retrocedemos en el tiempo, no encontraremos sino unas pocas referencias a lo que ocurría en el mundo real en toda la serie de actas y documentos —oficiales o no— fruto de la actividad de los historiadores profesionales. En aquellos documentos que recogen cuáles eran sus actividades u opiniones no se percibe nada que dé a entender que tenían conciencia de estar viviendo en el último año —o década— de un siglo que tocaba a su fin o en el primer año —o década— de una nueva centuria. En ningún momento se establecen comparaciones entre los dos siglos, y las referencias a los acontecimientos públicos contemporáneos —conflictos bélicos, depresión, elecciones, personajes públicos, movimientos sociales, etc.— son increíblemente escasas. En un momento en que, tanto en San Diego como en Los Ángeles, familias enteras, amigos y todo tipo de agrupaciones se reunían para dar testimonio de su percepción de las continuidades y los cambios, y en que los norteamericanos en general mostraban un creciente interés por los asuntos públicos, ¿cómo es posible que los historiadores no demostraran aperebirse ni sentir excesivo interés por lo que estaba ocurriendo?

2. Salvo el relato de la recepción ofrecida por los *Native Sons of the Gold West* a los veteranos de la Guerra de Cuba (que apareció en el *Union* del 28 de diciembre de 1899), el resto de los informes y editoriales de la prensa de California del Sur han sido extraídos de ejemplares del *Los Angeles Times*, correspondientes al período que va del 30 de diciembre de 1900 al 4 de enero de 1901, y del *San Diego Union*, en el período comprendido entre el 30 de Diciembre de 1900 y el 6 de enero de 1901.

Trataré de responder a esta pregunta tomando en consideración dos aspectos. En primer lugar, analizaré las estrategias que la nueva generación de historiadores adoptó para tratar de delimitar y definir el campo de la historiografía en lo que respecta a sus fuentes, público al que se dirigían, temas y método. Espero poder demostrar que su principal objetivo era reemplazar la temática e intereses de los historiadores populares por una práctica historiográfica extremadamente autorreferencial, que de forma deliberada aspiraba a romper con los hábitos historiográficos del pasado. En segundo lugar, me ocuparé del único tema de interés público que trataron —aunque tan sólo tangencial y dubitativamente— en el congreso de 1900: qué hacer con los nuevos territorios que habían quedado a disposición de los Estados Unidos como consecuencia de su triunfo en la guerra contra España. Este segundo aspecto puede resultar particularmente útil para establecer comparaciones entre la manera en que los historiadores formulaban los temas de interés público y la que adoptaban otras personas que, en aquel preciso momento, se ocupaban del mismo tema.

Los historiadores que en 1884 hicieron causa común para fundar la *American Historical Association*, y que en 1901 celebraban su reunión anual en Detroit, consideraban que los orígenes de la práctica historiográfica moderna se remontaban a la obra de una serie de figuras que habían creído firmemente que el principal objetivo de la historiografía consistía en delimitar cuáles eran los orígenes, los grandes personajes y los temas que daban cohesión al estado-nación. Los Federalistas, verdaderos pioneros de la historiografía nacional, trataron de canalizar en otra dirección la oleada de interés popular por los temas históricos que acompañó a la Revolución, alejándola de su tendencia a centrarse en exceso en las modalidades de patriotismo de carácter local o estatal (una tendencia que perduraría durante la siguiente centuria). La primera generación de historiadores nacionales, surgida durante la década de los 80 del siglo XVIII —gentes como David Ramsay, Jedediah Morse o Noah Webster— se proponía, como el propio Webster señalaba, fomentar “los hábitos de obediencia” a la nueva Constitución Federal que las élites habían elaborado con objeto de instaurar un gobierno central fuerte que sustituyera al débil gobierno que había conducido la Revolución³.

El segundo momento señero de la participación de los historiadores en el proceso de configuración nacional se produjo como consecuencia de la oleada de nacionalismo romántico que recorrió Europa y América en la primera mitad del siglo XIX. En el caso de los Estados Unidos, la tarea de configurar una conciencia nacional se enfrentaba durante aquellos años a una serie de retos de consideración: la persistencia de fidelidades muy enraizadas de carácter local y estatal y la cuestión de la esclavitud, un problema que tenía dividido al país y cuyo potencial explosivo no paraba de crecer. No resultaba sencillo hacer de la nación el eje del relato his-

3. Véase David D. Van Tassel, *Recording America's Past. An interpretation of the Development of Historical Studies in America, 1607-1884* (Chicago, 1960), cita, p. 44.

tórico en una época en que la Unión se mantenía como tal gracias a una serie de acuerdos que eran cada vez más frágiles y cuyo fracaso final habría de conducir a una guerra civil.

El más serio intento de dar una respuesta a esta situación llegó de la mano de George Bancroft, la figura más sobresaliente de la historiografía nacionalista del siglo XIX, cuya *History of the United States from the Discovery of the American Continent* (Historia de los Estados Unidos desde el descubrimiento del continente americano) se publicó en diez volúmenes entre 1834 y 1874 y que fue, con mucho, la obra de historia americana más vendida durante el siglo XIX. Para Bancroft, la historia de los Estados Unidos no era sino la historia de la culminación del proceso de desarrollo del espíritu de la libertad que, guiado por Dios, se había originado en los bosques sajones y desarrollado posteriormente en Inglaterra para, finalmente, emigrar hacia el oeste con los colonizadores y alcanzar su último destino con la creación de los Estados Unidos⁴. A diferencia de los historiadores federalistas, Bancroft se alineaba con “el pueblo” y creía que el destino nacional de los Estados Unidos alcanzaría su culminación cuando los ciudadanos se identificaran no con un gobierno fuerte, sino con un destino ineludible; sin embargo, coincidía con aquéllos en su convencimiento de que la nación constituía la expresión suprema de un pueblo y en su negativa a prestar atención a lo que las personas tuvieran que decir sobre sus propias experiencias.

En su esfuerzo por insertar las experiencias individuales en el marco de un relato histórico nacional, los nuevos historiadores profesionales y “científicos” de finales del siglo XIX no hacían sino seguir el camino, ya muy trillado, que habían inaugurado los pioneros de la práctica historiográfica. Si bien en un principio — durante la década de los 80— la recién fundada *American Historical Association* trató de establecer un vínculo entre sus aspiraciones profesionales y eruditas y algunos de los temas históricos que interesaban al gran público, no por ello flaqueó su convencimiento originario de que, tanto en su práctica como en sus contenidos, la nueva organización debía tener un carácter nacional. Establecieron su sede central en Washington, celebraron congresos anuales en la capital, dieron cursos monográficos sobre algunas batallas de la Guerra de Secesión, solicitaron y obtuvieron una carta de constitución del Congreso de los Estados Unidos, así como fondos federales para publicar sus informes, y mantuvieron una relación muy estrecha (llegando incluso algunos de sus miembros a formar parte del personal de dirección) con el Smithsonian, el museo nacional. El primer presidente de la *American Historical Association*, Andrew White, de la Universidad de Cornell, proclamó que “toda historia ha de ser escrita desde una óptica americana”, lo cual, a su entender, incluía tanto la historia de Indiana como la de la India. Sin embargo, en vez de

4. Van Tassel, *Recording America's Past*, caps. 9-15; David W. Noble, *Historians Against History: The Frontier Thesis and the National Covenant in American Historical Writing Since 1830* (Minneapolis, 1965), cap. 2.

hacer una historia que reflejara el desarrollo del espíritu de la libertad o el destino del pueblo, los nuevos profesionales de la historia trataron de reunificar una nación escindida creando una serie de relatos nacionales que pudieran ser adoptados por los dos bandos contendientes en la Guerra de Secesión. Para este nacionalismo emergente —en lo que quizás constituya un reflejo de esa endeblez inherente al nacionalismo que ha sido subrayada por muchos analistas contemporáneos— la Guerra no había sido la historia del enfrentamiento entre dos modelos de sociedad o dos conjuntos de valores opuestos, sino de la valentía y el coraje humanos, cualidades de las que ambos bandos habían hecho gala; en suma, una experiencia nacional compartida. Esta obsesión por los relatos históricos de carácter nacional, por una práctica historiográfica centrada en la idea de nación y dirigida a un público igualmente nacional, adquirió una relevancia aún mayor cuando los miembros de la nueva organización se plantearon si habían de compartir su autoridad con las demás personas que se interesaban por la historia.

Aunque los principales impulsores de la fundación de la *A.H.A.* fueron historiadores provenientes del ámbito universitario, en un principio dieron muestras de estar interesados en incorporar a la misma a aquellos compatriotas que se interesaran en serio por la historia (bien es cierto que más tarde se les denominaría “aficionados”). Durante el primer siglo de existencia de la nación, los máximos promotores del estudio y conservación del patrimonio histórico habían sido las sociedades históricas locales y de los estados que, a su vez, contaban con el apoyo de aquellas personas para las cuales historia venía a equivaler a historia de sus propias familias y comunidades locales. Lo que de verdad les interesaba no eran los grandes relatos de carácter nacional sino la historia local. Con todo, sus gustos en materia de historia local eran muy amplios e incluían diarios de colonizadores, reliquias indias, listas de reclutamiento de los veteranos de la Guerra de Secesión de la localidad, antiguas cabañas de madera, etc.

La enorme amplitud de los temas y experiencias que despertaban el interés de los norteamericanos constituía un verdadero reto para los nuevos profesionales de la historia. En la década de los 80 del siglo pasado, una publicación tan popular como la *Magazine of American History* (Revista de Historia Americana) no se limitaba a publicar artículos de historia política o militar sino que en sus páginas se trataban temas como los orígenes de la fiesta del día de Año Nuevo; la casa solariega de los Van Cortland; la historia del periódico *The Pennsylvania Gazette*, el entierro del jefe indio Halcón Negro; el viaje de un escritor a Canadá con Jefferson Davis, antiguo presidente de la Confederación; la historia de “Cómo el presidente Lincoln ganó su primer dólar”; un reportaje sobre el terremoto de Charleston; la autobiografía de Antílope Corredor; baladas y poemas de corte popular, etc. Todas estas fuentes y temas no eran sólo materia común de las revistas populares, también interesaban a aquellas sociedades históricas, locales o estatales, en las que las familias podían encontrar otro medio para averiguar quiénes habían sido sus antepasados. De hecho, era a tales sociedades donde aquellas personas que deseaban hacerse su árbol genealógico acudían para conocer la historia de su familia y

descubrir antepasados que les permitieran unirse a las nuevas sociedades patrióticas, como los *Native Sons of the Gold West* o las *Daughters of the American Revolution*. En un principio fueron muchos los miembros y dirigentes de las diversas sociedades históricas locales o de los estados que acogieron con entusiasmo la creación de la *American Historical Association*, convencidos de que iba a ser la representante y promotora del tipo de historia que ellos cultivaban. Al fin y al cabo ellos representaban el gusto histórico popular mucho mejor que los nuevos eruditos. Conviene tener presente que en 1890, seis años después de la fundación de la *A.H.A.*, la *Pennsylvania Historical Society* (Sociedad Histórica de Pennsylvania) triplicaba el número de afiliados de aquélla.

George Bancroft tipificaba a un segundo grupo de historiadores aficionados, que los nuevos profesionales esperaban integrar en el seno de la *A.H.A.* No en vano, en 1885-86, Bancroft se convertiría en el segundo Presidente de la Asociación. Tanto el propio Bancroft como muchos otros escritores populares se habían labrado una reputación literaria y habían ganado bastante dinero vendiendo sus obras de historia en un mercado de cultura popular, altamente mercantilizado, que confería mucho valor a aquellas cualidades que los eruditos solían despreciar tildándolas de literarias o “coloristas”. En ciertos casos, estos historiadores populares se confundían con otro grupo, el de los caballeros “prósperos y ociosos” de la buena sociedad, que escribían libros de historia, quizá con objeto de reforzar el sentido de identidad de las viejas élites o de las nuevas clases medias, pero que, en última instancia, eran ante todo meros aficionados cuyo principal objetivo era vender libros. Integraban este grupo gentes como el senador George F. Hoar, el ex-presidente Rutheford B. Hayes o el Comisario de la Administración Pública, Theodore Roosevelt, todos ellos “reformistas de la buena sociedad,” y miembros activos de la asociación en sus primeros años.

A pesar de todo lo dicho, la *A.H.A.* fue en gran medida la obra de unos pocos líderes que, con el tiempo, llegaron a conocerse muy bien y a compartir e identificarse con una serie de intereses básicos, y cuya única discrepancia estribaba en decidir hasta qué punto había que dar cabida en la asociación a aquéllos que cultivaban un tipo de historia distinta a la suya. La historia de la *A.H.A.* en su primer cuarto de siglo es la historia de una serie de personas que, ayudadas por sus colaboradores y amigos, crearon de la nada la profesión académica de historiador. Retrospectivamente pudiera parecer que tal proceso era inevitable pero, en su momento, los propios implicados estaban convencidos de estar llevando a cabo una tarea ardua y visionaria. La enseñanza especializada de la historia en los Estados Unidos se inició hacia 1870 y los primeros cursos de postgrado se impartieron en 1876 en la nueva Universidad John Hopkins. A la altura del año 1884, cuando Herbert Baxter Adams, de la Universidad Hopkins, comenzó su denodado esfuerzo de quince años para organizar y mantener en pie la *A.H.A.*, tan sólo había once profesores de historia en todos los Estados Unidos y serían precisamente sus licenciados asociados —J. Franklin Jameson, Woodrow Wilson, Frederick Jackson Turner, Charles M. Andrews— quienes accederían a las cátedras de historia que

iban a crearse. En 1902, un miembro fundador de la *A.H.A.* recordaba que desde el primer momento Adams, “respaldado por el *lobby* de la John Hopkins”, había sido “el verdadero impulsor” del proyecto de utilizar la recién creada organización “para abrir paso a la nueva universidad”⁵. Empezando por sus propios alumnos y por sus colegas de otras universidades, Adams comenzó a difundir su creencia de que tan sólo mediante su mutuo conocimiento como individuos, los creadores de la erudición histórica estarían en condiciones de afrontar la inmensa tarea de hacer de la historia una rama de la ciencia y colocarla junto a las nuevas especialidades científicas del siglo XIX. Lo mejor de la *A.H.A.*, como él mismo señalaba en un artículo aparecido en *The Nation*, era que “favorece las relaciones y el compañerismo entre personas que trabajan en un mismo campo. La ciencia no avanza por la lectura de documentos sino por la asociación entre personas. Lo fundamental es que las personas se reúnan e intercambien ideas”. En una carta dirigida a Daniel Coit Gilman, Rector de la Universidad Hopkins, afirmaba en referencia a la nueva organización: “vamos a formar una familia feliz y lo vamos a pasar muy bien”. Más adelante tocaba una de las fibras sensibles del Rector de la nueva universidad al expresar su esperanza de que la *A.H.A.* llegara a ser portavoz de los nuevos profesionales que desafiaban los métodos de enseñanza establecidos. Se reclutarían entre “la nueva savia de Harvard” y las “jóvenes universidades de Yale y John Hopkins” o la “joven Columbia”⁶. Lo que diferenciaba a Adams de sus demás colegas no era su brillantez, sino su visión de conjunto y su energía; su habilidad para organizar una nueva disciplina académica, para fundar (y editar) publicaciones que recogieran los trabajos monográficos, para confeccionar programas y organizar congresos de historiadores, y su inagotable capacidad para proporcionar a los jóvenes investigadores que constituían la primera generación de historiadores académicos los medios y las oportunidades para que su carrera prosperara. Con objeto de estar a la altura del enorme reto que habían decidido asumir, los nuevos profesionales desarrollaron un profundo sentido de la camaradería —lo cual favoreció que desde fuera se les viera como una especie de “clan”—, que se fue cimentando a base de invitarse unos a otros a impartir clases en sus respectivas universidades y a pasar temporadas en sus casas, o al apoyo mutuo que se brindaban cuando había que defender sus intereses o los de sus alumnos.

Pieza a pieza, Adams y sus colegas fueron trayendo desde Europa, e implantando en los Estados Unidos, un “nuevo” enfoque de la investigación histórica en virtud del cual la historia pasaría a convertirse en una ciencia con sus propias leyes, capaces de predecir los comportamientos, y dotada de una metodología que per-

5. Ephraim a J. Franklin Jameson, 9 de noviembre de 1902, caja 48, Documentos Jameson, Biblioteca del Congreso.

6. *The Nation*, 39 (4 de septiembre de 1884), p. 201; Adams a Gilman, 8 de agosto de 1884, en W. Stull Holt, ed., *Historical Scholarship in the United States, 1876-1901: As revealed in the Correspondence of Herbert B. Adams* (John Hopkins University Studies in Historical and Political Science, 56, Nº 4 (1938), p. 464.

mitiría establecer la fiabilidad de los hechos y de sus postulados. Con esta nueva práctica historiográfica el eje de la historia se desplazaría desde la esfera de la cultura de la buena sociedad, de las lealtades familiares o locales, del servicio público o de la literatura comercial hacia el ámbito académico universitario. En 1901, J. Franklin Jameson, el primer alumno de doctorado de Adams y futuro colega suyo en la Universidad de John Hopkins, en su discurso de investidura como profesor de historia en la Universidad de Chicago, captó a la perfección el alcance del reto que estaban lanzando contra la práctica histórica imperante en su tiempo:

“Antes de que concluyera el siglo XIX fuimos testigos de cómo el liberalismo, ese credo inspirador que florecía en todas partes entre 1830 y 1870 y en el que nuestros padres habían fundado su inquebrantable fe en la libertad y la democracia, entraba en franca decadencia en todo el mundo. El liberalismo whig de viejo cuño ha muerto; las teorías políticas que han tomado el relevo extraen sus postulados de la ciencia física... El ascenso de la literatura histórica profesional o académica coincide con... el descontento con la representación de la vida humana en términos retóricos o imaginativos y surge de las mentes de una generación a la que Darwin y sus colegas han enseñado la validez y general relevancia de las leyes científicas... Tras una época de geniales aficionados, la historia ve coartada su libertad y es enviada a la escuela para que aprenda a leer e interpretar documentos, a sopesar y tamizar datos y a evitar los errores de bulto de los aficionados y los caprichos de los retóricos”⁷.

Al combinar en un mismo programa la historia y la ciencia política —Adams eligió para sí mismo el título de profesor de historia institucional— esta primera generación de profesionales de la historia aspiraba ante todo a descubrir aquellos principios científicos que harían posible la sustitución de la fe religiosa, el idealismo y el partidismo por la investigación ecuánime de la evolución de los regímenes políticos y de las instituciones públicas.

Inspirándose en la visión de Leopold von Ranke de una historiografía capaz de desvelar el pasado tal y como fue, e imbuidos del firme convencimiento de que la historia era ante todo el relato del ascenso y la caída de las instituciones, formularon sus interrogantes en torno a lo que Albert Bushnell Hart, de la Universidad de Harvard, llamó “la investigación minuciosa de unos campos muy limitados”. De este modo, en los nuevos seminarios, todos los estudiantes se ocupaban de un mismo tema muy especializado, analizaban críticamente sus fuentes primarias, ponían a prueba sus respectivas hipótesis y, por fin, trataban de evaluar la validez de sus aseveraciones⁸. Con objeto de que los seminarios pudieran disponer de aque-

7. JAMESON, “The influence of Universities upon Historical Writing” (1901), en Morey ROTHBERG y Jacqueline GOGGIN, eds., *John Franklin Jameson and the Development of Humanistic Scholarship in America* (Athens: University of Georgia Press, 1993), I, pp. 270, 271.

8. HART, “The Historical Opportunity in America”, *American Historical Review*, 4 (Octubre, 1898), p. 11. Bonnie G. Smith ha subrayado el marcado carácter sexista de tales seminarios, recordándonos que

Los materiales que necesitaban para realizar sus análisis, Adams, Jameson y los demás, concedieron especial importancia a la identificación, conservación, catalogación y publicación de aquellas colecciones de manuscritos legadas por figuras, de relevancia “nacional”, que habían tomado parte en la historia fundacional y constitucional de los Estados Unidos. Por su parte, Jameson promovió, y pasó luego a dirigir, el primer comité de importancia dentro de la *A.H.A.*: el Comité de Manuscritos Históricos. Y, con objeto de que los distintos trabajos especializados fueran accesibles al resto de los historiadores, comenzaron a editarse los *Annual Reports* (Informes Anuales) de la *American Historical Association*, donde se publicaban estudios monográficos; iniciativa que vino a completarse con la edición, a partir de 1895, de una revista, la *American Historical Review* (Revista Histórica Americana). Toda esta actividad editorial se completaba con la compilación y distribución de bibliografía sobre temas especializados.

Al contemplar con cierta perspectiva sus distintos proyectos individuales y sus esperanzas, nos damos cuenta de que estos pioneros de la nueva historia trataban ante todo de crear una “disciplina”, con sus diversos temas y fuentes bien jerarquizados, sus reglas sobre cuáles eran las fuentes a las que había que prestar atención y de qué manera habían de leerse —siempre desde la perspectiva del erudito y no del autor— y con toda una serie de preceptos sobre la forma de definir, y vigilar que no se sobrepasaran, los límites de lo que habría de ser una historiografía de calidad. En 1884, Justin Winsor opinaba que la importancia que se concedía a los intercambios de ideas que se producían en las reuniones de la *American Historical Association* radicaba en el hecho de que “a estas alturas ni eruditos ni estudiantes pueden permitirse el lujo de vivir aislados. Tienen que reunirse para sentirse imbuídos de ese entusiasmo que tan sólo proporciona el trato personal, para exponer sus idiosincrasias al contacto con sus colegas. De tales convocatorias salen siempre dotados de un carácter más saludable y ponderado”⁹. En referencia a las nuevas publicaciones eruditas que constituyeron uno de los puntos de referencia básicos de los sueños de toda esta generación, Jameson —que fuera el fundador y el director que más tiempo permaneció al frente de la *American Historical Review*— explicaba con toda franqueza que “su función no es promover la originalidad, ni hacer prender la llama del genio, sino regularizar, criticar, refrenar toda excentricidad, establecer unos determinados niveles de calidad en el trabajo e imponer su cumplimiento”. Lo que aspiraba a crear no era otra cosa que unos principios fundamentales de la práctica histórica a los que confiaba se atenderían todos los historiadores, un discurso o estándar común que pudiera servir de referencia a la hora de tratar de comprender y utilizar los datos del pasado. Para con-

no debemos estudiar sus ideales y sus aspiraciones sin tener en cuenta los contextos y las prácticas en que se insertaban. Al respecto véase, SMITH, “Gender and the Practices of Scientific History: The Seminar and Archival Research in the Nineteenth Century”, *American Historical Review*, (Octubre, 1995), 1150-176.

9. *Papers of the American Historical Association 1884*, p. iii.

vencer a los historiadores de que debían adoptar este enfoque disciplinar en lugar de satisfacer los gustos populares en materia de historia, Jameson —en la temprana fecha de 1891— se había esforzado por definir las aspiraciones de los historiadores en unos términos que hicieran sentir a todos que su contribución valía la pena: “Lo que hoy en día necesita nuestra ciencia es la proliferación de trabajos menores pero de una calidad consistente; pues lo que nuestra ciencia echa más en falta es esa mejora en las técnicas y ese acabado de calidad que proporciona un trabajo esmerado; cosas ambas a las que contribuyen más un buen número de trabajos de cierto talento que unas cuantas obras literarias geniales”¹⁰. Aquellos relatos que los nuevos historiadores profesionales consideraban importantes serían juzgados, exclusivamente, según los postulados de la disciplina, y el único público al que se dirigirían sería el formado por sus propios colegas.

Herbert Baxter Adams soñaba con una *American Historical Association* que sería el paraguas que daría cobijo a todos los cultivadores de la historia, el medio a través del cual los nuevos profesionales de la historia podrían relacionarse con aquellos otros historiadores que seguían practicando una historia de carácter más popular y tradicional, de tal modo que, finalmente, todas las modalidades historiográficas prosperaran en los Estados Unidos. En un principio, sus seminarios de la Universidad de John Hopkins se centraron en los gobiernos locales; en buena medida porque quería encontrar un tema que resultara atractivo para los historiadores aficionados de Baltimore. En su calidad de principal ejecutivo de la *A.H.A.* en el período que va de 1884 a 1900, hizo todo lo posible para que los escritores populares, los funcionarios públicos y los historiadores locales o de los estados formaran parte de la junta directiva de la asociación como miembros, e incluso como presidentes, y siempre que pudo los invitó a que dieran conferencias en sus reuniones. En 1883, George Howard, de la Universidad de Nebraska, expresó su reconocimiento al intento de Adams de combinar el carácter disciplinar de la historia con su atractivo popular; en su opinión, Adams era un auténtico pionero que había demostrado que la historia podía ser enfocada “a la vez como una disciplina y como base de una cultura general”¹¹. En un principio, Adams estableció que para ser admitido como miembro de la *A.H.A.* había que recibir una invitación en tal sentido —algo similar a lo que ocurría en los clubes de caballeros de la década de los 80, en los que existía una ceremonia formal para “elegir” a los nuevos miembros—; sin embargo, a juzgar por la información que se recoge en la correspondencia de la *A.H.A.*, parece que, al menos durante los primeros años, era el propio Adams quien se ocupaba personalmente de todo el proceso electoral, que consistía, simplemente, en el envío de una notificación a los candidatos haciéndoles saber que habían sido elegidos y solicitando remitieran los tres dólares de la cuota de so-

10. JAMESON, “Influence of Universities”, p. 272; Jameson, *The History of Historical Writing in America* (1891; reimpresión, New York: Antiquarian Press, 1961), pp. 132-33.

11. HOWARD a ADAMS, 30 de mayo de 1883; en Holt, ed., *Adams Correspondence*, 456.

cios. En cualquier caso, parece claro que, desde el primer momento, Adams tuvo conciencia de que había que hacer verdaderos malabarismos a la hora de elegir nuevos miembros. Sabía que “notables” como Henry Adams, Theodore Roosevelt o Edward Eggleston no eran más que un mero escaparate y que, si se les había pedido que colaboraran con la asociación, era con objeto de que dieran realce a la *A.H.A.* en los medios culturales de la buena sociedad y facilitaran la obtención de asignaciones del Congreso de los Estados Unidos. En 1890, por ejemplo, Adams trató de dar mayor cabida en la asociación a los miembros de las sociedades históricas locales y de los Estados con objeto de “atajar” la iniciativa de un dirigente de la Sociedad Histórica del Sur de California que estaba promoviendo la formación de una convención independiente constituida por las distintas sociedades locales y de los Estados¹².

Sin embargo, la verdadera tarea de la *A.H.A.* era la promoción de una “historia científica”. Muchos eran los miembros de la sociedad que se sentían molestos por los intentos de Adams de incorporar historiadores aficionados y notables que, a los ojos de algunos de los profesionales más intransigentes, caso de Jameson, eran enemigos antes que aliados. Haciendo referencia al congreso de la *A.H.A.* del año 1888, Jameson le comunicaba a su padre que había sido “una estupidez” debido a que “habían asistido más gentes encopetadas de lo habitual... lo que me lleva a pensar que todo el asunto está cayendo en manos de una sarta de vejstorios presumidos a los que les gusta divagar sobre historia, mientras que, al principio, eran los jóvenes profesores quienes llevaban las riendas; lo que, a mi parecer, hacía que todo fuera mucho más interesante”¹³. Apoyado por los historiadores más jóvenes, Jameson encabezó una revuelta que condujo a la modificación de los estatutos de la *A.H.A.* —de tal modo que los profesores tuvieran asegurada la mayoría en el consejo directivo de la asociación— y, lo que es más importante, a la fundación en 1895 de la *American Historical Review*, una publicación que sería el equivalente norteamericano de revistas como la *English Historical Review*, la *Revue Historique* y la *Historische Zeitschrift*. El propósito de la nueva revista sería “establecer una relación más estrecha entre los historiadores y estudiantes de historia norteamericanos y el movimiento científico en el estudio y enseñanza de la historia... actuando como portavoz de la investigación histórica en los Estados Unidos”¹⁴.

Desde la perspectiva que nos da el tiempo es fácil llegar a la conclusión de que el desprecio que Jameson y sus partidarios sentían por el tipo de historia que

12. Adams a Andrew D. White, 4 de febrero de 1890; Holt, *Adams Correspondence*, 518.

13. JAMESON a John JAMESON, 5 de enero de 1889; DONNAN y STOCK, ed., *An Historian's World*, pp. 46, 47.

14. ANEXO a Moisés COIT TYLER y otros a W.F. JAMESON [sic], 17 de febrero de 1895; Caja 53, Documentos Jameson. Para la historia de los esfuerzos realizados por Adams para establecer un equilibrio en las elecciones de miembros y la revuelta que condujo a la fundación de la *American Historical Review*, véase David D. VAN TASSEL, “From Learned Society to Professional Organization: The American Historical Association, 1884-1900”, *AHR* 89 (octubre, 1984), 929-956, y John HIGHAM, “Herbert Baxter Adams and the study of Local History”, *AHR* 89 (diciembre, 1984), 1225-1239.

se practicaba a nivel popular era tal, que Adams había pecado de ingenuo al pensar que podría alcanzarse un maridaje entre historia “científica” y popular. El que esto fuera así se debía ante todo a que los historiadores profesionales consideraban que el estado-nación constituía el verdadero objeto de la historia y que toda empresa de investigación histórica tan sólo tendría relevancia y significado en la medida en que guardara relación con el relato histórico de las vicisitudes de dicho estado-nación. Tras lamentar que buena parte de literatura histórica centrada en el ámbito local o en el de los estados pecara de “provincialismo y de falta de rigor académico”, Jameson concluía un repaso a la situación de la historia en el año 1891 afirmando que los contenidos que interesaban a la historia local carecían de toda relevancia para la nueva práctica científica de la historia: “La tendencia que siguen buena parte de nuestras numerosísimas sociedades históricas locales forma una contracorriente o, mejor dicho, un remolino, en el que las astillas de una madera ya antigua van dando vueltas plácidamente, describiendo siempre un mismo y estrecho círculo, ajenas a cualquiera de las grandes corrientes”. No obstante, Jameson dejó en varias ocasiones a un lado su propia carrera profesional para aleccionar a los historiadores locales y de los estados en la buena práctica de la historia y convencerles de que, para redimirse, debían abandonar “aquellos temas históricos cuyo interés no supera el ámbito local” y “darse cuenta de que, en sentido estricto, su campo de trabajo es la *historia de los Estados Unidos expresada por medio de ejemplos locales*”¹⁵. Dado que el interés y la relevancia de un determinado tema residían en sus implicaciones nacionales, las reseñas sobre trabajos de historia local o de los Estados solían criticar —como fue el caso de la reseña aparecida en la *American Historical Review* sobre la *History of California* de Theodore Hittell— su incapacidad para situar los acontecimientos a escala nacional: “Junto a los temas verdaderamente serios aparecen numerosos testimonios y hechos triviales. A menudo carece de una adecuada perspectiva histórica”¹⁶.

Pero junto a la razón que acabamos de exponer había otra. En ocasiones, se tiene la sensación de que algunos profesionales de la A.H.A., como Jameson y Hart, necesitaran desdeñar la competencia y legitimidad de los historiadores aficionados para poder afirmar su autoridad. En un escrito en que trataba del “vívido interés que existe por el drama histórico que se está desplegando ante nuestros ojos” —en alusión a la Guerra Hispano-Norteamericana— Hart decía sentirse espantado de que “la historia de los Estados Unidos les sea indiferente, cuando no del todo desconocida”, a buena parte de los norteamericanos: “Súbitamente la nación se ha apercebido de que ante ella se abre una nueva misión” como potencia imperial, “y parece dispuesta a considerar que el estallido del conflicto, sus causas y sus consecuencias han sido o serán fruto de una serie de circunstancias imprevistas y for-

15. JAMESON, “The Present State of Historical Writing in America” (1910), en ROTHBERG y GOGGIN, eds., *Jameson*, p. 297; JAMESON, *History of Historical Writing*, p. 145, JAMESON, “The Functions of State and Local Historical Societies with Respect to Research and Publication”, *AHA Annual Report... 1897*, 54-55.

16. *American Historical Review*, 4 (octubre, 1899), p. 185.

tuitas”¹⁷. En Jameson se confundían la suspicacia ante unos historiadores aficionados faltos de competencia y el desprecio ante la capacidad de la gente común para gobernarse a sí misma: “Todos los mítines políticos a los que he asistido no han servido sino para echar por tierra cualquier atisbo de respeto que pudiera sentir por la capacidad política de las masas y para hacer que las desprecie”. Las masas ni conocen ni respetan a los que son mejores, los expertos, que son los que verdaderamente saben cómo se ha de gobernar. En el movimiento populista de su época Jameson no veía sino “un movimiento constituido por aquellas masas que hasta hace poco apenas se habían interesado por la política y que amenaza con dejar el manejo de la cosa pública en manos de una vasta horda de campesinos ignorantes que, debido a su fervor y su inexperiencia, son controlados por vociferantes demagogos y hábiles manipuladores”¹⁸.

Contemplados desde la perspectiva de los aficionados y de aquéllos que cultivaban la historia a la manera tradicional, los nuevos profesionales resultaban a menudo ininteligibles y arrogantes. Algunas de las críticas más mordaces que hubieron de recibir vinieron precisamente de aquellos miembros de la *A.H.A.* que los integrantes del clan, en su afán por crear una práctica histórica unificada, habían seleccionado para presidir la asociación. Uno de ellos, Theodore Roosevelt, al que se debían unas cuantas biografías de estadistas nacionales, una serie de arrebatadoras narraciones sobre la conquista del Oeste y un estudio sobre el conflicto naval de 1812, cuya moraleja política era que, si se quería la paz, había que prepararse primero para una eventual guerra, solía asistir a las reuniones de la *A.H.A.* y no se recataba de criticar la pedantería y la especialización. En la alocución protocolaria que, en su calidad de Presidente de la Asociación, pronunció en la reunión del año 1912, aprovechó para exponer su idea de que la calidad literaria no debía de estar reñida con el deseo de los historiadores de convertirse en científicos. Durante una de las sesiones, convocada para tratar el tema de la promoción del estudio de la historia militar como especialidad histórica, se levantó y tomó la palabra desde la sala para manifestar su postura contraria a la especialización: “No creo que se pueda tratar la historia militar como algo separado de la historia general de la nación”. Tal aspiración era “absolutamente vana”. El héroe de la Colina de San Juan proclamó seguidamente que cualquier historia de la Guerra Hispano-Norteamericana habría de ocuparse “al menos en sus dos terceras partes, de la total falta de preparación de la nación norteamericana cuando intervino en el conflicto”, una falta de preparación que habría que achacar a los políticos civiles de los treinta años precedentes. Consternado por el cariz de buena parte de esa nueva historiografía “científica” que veía desarrollarse antes sus ojos, Roosevelt llegaba a la siguiente conclusión: “No tardé en darme cuenta de que estos pedantes concienzudos, con toda su diligencia y meticulosidad, podrían haber sido de alguna utilidad de haber sido conscientes de sus propias limitaciones pero que, dado

17. HART, “Historial Opportunity”, p. 1.

18. Citado en ROTHBERG y GOGGIN, eds., JAMESON, pp. XXIX, XXXI-XXXII.

su engrimiento, se han vuelto verdaderamente perniciosos. Están firmemente convencidos de que si hubiera más como ellos y lograran recopilar un número suficiente de datos, de todo tipo y condición, ya no volverían a hacer falta los grandes escritores y pensadores”¹⁹. Por su parte, Henry Adams, autor —entre otras obras clásicas— de una magistral historia de las administraciones de Thomas Jefferson y de James Madison, y a quien Albert Bushell Hart atribuía la organización de uno de los primeros seminarios especializados (celebrado en Harvard), hizo de su alocución presidencial de 1894 —previamente enviada por carta a Herbert Baxter Adams— una ponderada crítica destinada a desinflar las pretensiones científicas de la nueva historia. En su opinión era “probable” que el intento de hacer de la historia una ciencia fracasara y sugería a sus partidarios que se acordaran de la “vehemente oposición” con que habían sido recibidas las leyes de la evolución de Darwin, puesto que cabía esperar reacciones “aún más violentas” contra una “Ciencia de la Historia”. “Una ciencia no es algo que se pueda tomar a la ligera”, escribió (una frase en la que quedaba reflejada su opinión sobre lo que estaban haciendo los nuevos profesionales), para concluir aconsejando que antes de seguir hablando en términos generales de ciencia se desarrollara “una conciencia precisa de los graves riesgos y responsabilidades que ello implicaba”²⁰.

Sin embargo, la crítica más frecuente que se hacía a la nueva historia académica se centraba en su excesiva especialización y en su tendencia a ocuparse de forma prolija de una serie de temas triviales expresados, además, en una jerga incomprensible. Los profesores habían tomado la decisión de aislarse del público lector. En la respuesta que remitió a Jameson cuando éste le pidió que escribiera algo para la *A.H.R.*, Adams aludió al “caótico e ininteligible estado en que encontré — y en el que he dejado— esa esfera del conocimiento que llamamos Historia”. Por citar un último ejemplo, Edward Eggleston, un escritor popular al que la *A.H.A.* había conferido el honor de otorgarle la presidencia de la asociación en 1900, hablaba sin duda en nombre de muchos otros historiadores aficionados cuando se quejaba de que la *A.H.A.* “se reúne a unas horas y en unos lugares que me son imposibles y trata de temas que nada me interesan. Se diría que tan sólo se cuida de los intereses de los profesores universitarios y que pone el máximo empeño en hacernos el vacío a los que no pertenecemos a ese clan”²¹.

19. En su Autobiografía (1913: New York: Macmillan, 1916 ed.), Roosevelt iniciaba su relato de la Guerra Hispano-Norteamericana exponiendo las lecciones extraídas de la Guerra de 1812. Véase también ROOSEVELT, “History as Literature”, *American Historical Review*, 18 (Abril, 1913), 473-89; *A.H.A. Annual Report... 1912*, p. 190; citado en John HIGHAM en colaboración con Leonard Krieger y Felix Gilbert, *History* (Englewood Cliffs: Prentice-Hall, 1965), 7-8.

20. Henry ADAMS a Herbert B. ADAMS, 12 de diciembre de 1894, en J.C. LEVENSON et al., eds., *The Letters of Henry Adams* (Cambridge, Mass., 1988), vol. 4, y pp. 228-233 y en *A.H.A. Annual Report... 1894*, 17-23.

21. Adams a JAMESON, 17 de noviembre de 1896; *Letters of Henry Adams*, vol. 4, p. 440; Eggleston, citado en VAN TASSEL, “From Learned Society to Professional Organization”, p. 954.

Durante la siguiente mitad de siglo, los historiadores locales y de los Estados continuarían quejándose de que eran tratados con desprecio por la *A.H.A.* En 1911, un historiador local de Nueva Inglaterra envió una carta a la asociación en la que se lamentaba del “panorama desolador que ofrecía la publicación de libros de historia en muchas partes del país” y solicitaba la ayuda de Jameson y de la *A.H.A.* Tras manifestar que “el ámbito que puede cubrirse con un solo libro resulta, al fin y al cabo, bastante restringido”, Jameson respondía a la petición afirmando que “la *A.H.A.* deja que sean el orgullo del público local y el celo de los buscadores de genealogías los que sustenten la labor de los historiadores locales”. Cuando, en 1912, la bibliotecaria de la Sociedad Histórica y Filosófica de Ohio recibió una carta de Jameson por la que se le comunicaba que, ni la Institución Carnegie ni la *A.H.A.*, les suministrarían copias gratuitas de los informes anuales de ésta última, no pudo sino hacer notar que “mediante la distribución gratuita, tanto a pequeñas como a grandes instituciones, de nuestro boletín trimestral, nuestra sociedad, a pesar de su humildad, muestra un espíritu más generoso y mayor voluntad de fomentar entre el público lector un mejor conocimiento de la historia americana” que la Carnegie y la *A.H.A.* “con todo el acopio de medios con que cuentan”²².

Si volvemos ahora al misterio de por qué los historiadores no se habían apercebido de ese cambio de siglo que tanta importancia parecía tener para el resto de los norteamericanos, ya no nos sorprenderá tanto su aislamiento, teniendo en cuenta hasta qué punto su público, sus temas y sus métodos tenían un carácter autorreferente; por no mencionar el efecto que en tal sentido tenía su anhelo de atribuirse el patrimonio de la autoridad científica. Para ellos, el uso que se hacía del pasado a nivel popular y las metas a las que aspiraban los historiadores aficionados constituían la misma antítesis de la ciencia que intentaban crear. Lo único que de verdad les interesaba era lo que se tenían que decir los unos a los otros.

De hecho, cuando de manera expresa trataban de aplicar su nueva ciencia a una situación real, quedaba de manifiesto hasta qué punto aquellos principios básicos de la práctica histórica en los que todos ellos coincidían se habían distanciado de lo que preocupaba e interesaba a nivel popular. Así, mientras que la prensa publicaba relatos escabrosos sobre la barbarie de los españoles o sobre la ignorancia de los filipinos, los historiadores se mantenían al margen de cualquier debate público sobre el tema. Más adelante, cuando la victoria obligó a los Estados Unidos a plantearse si debían de anexionarse los antiguos territorios españoles, la *A.H.A.* decidió debatir el tema en su reunión de 1898. La organización manifestó su voluntad de que los historiadores organizados desempeñaran un papel de primer orden en los debates sobre la posibilidad de que los Estados Unidos se convirtieran en una potencia mundial; en 15 años era la primera vez que se decidían a aplicar sus conocimientos a un tema de interés público. A tal efecto, se creó una

22. A. W.H. EATON a JAMESON, 6 de diciembre de 1911, Jameson a Eaton, 22 de diciembre de 1911; La Belle Hamlin a Jameson, 1 de noviembre de 1912; Documentos Jameson.

comisión para el estudio de las relaciones de dependencia coloniales, cuya tarea consistiría en analizar los métodos utilizados por británicos, franceses, holandeses y españoles en la administración de sus territorios de Ultramar, con objeto de poder recomendar los mejores métodos para administrar los nuevos territorios (aunque sin intención alguna de ocuparse de las repercusiones que podría tener, tanto a escala nacional como internacional, un tema político de mayor alcance, como era la cuestión de si había que adueñarse o no de los mismos). En la reunión de 1899, los miembros de la comisión analizaron diversos aspectos del colonialismo desde una perspectiva histórica. El presidente de la comisión, Henry E. Bourne, de la Western Reserve, manifestó estar convencido de que los europeos gozaban de ventajas con respecto a los norteamericanos en materia de administración colonial, por carecer aquéllos de los conflictos raciales que informaban todo enfoque norteamericano de la cuestión. “Al carecer de un problema racial interno, no sólo tratan de actuar con equidad, sino que se sienten naturalmente inclinados a ello. Nuestros sentimientos al respecto son tan distintos que no parece probable que lleguemos a impregnarnos de ese sentimiento de mutuo aprecio entre las razas que suele darse en nuestros nuevos dominios; muy al contrario, lo más probable es que tal sentimiento quede aplastado por el propio peso de nuestros prejuicios”. En vez de ver en esto un aviso sobre los peligros que tanto dentro como fuera de su propio país podían derivarse del colonialismo, la comisión se limitó a hacer notar que aquello supondría un obstáculo para la administración de territorios racialmente mixtos. En esa misma línea, los miembros de la comisión elaboraron una serie de documentos en los que se llegaba a la conclusión de que los habitantes de las nuevas posesiones no debían de quedar amparados por la Constitución, a la vez que hacían notar que británicos, franceses y holandeses habían desarrollado métodos para “asegurarse el control de posesiones tales como Java, los Estados malayos, Indonesia y Madagascar” que, sin menoscabo de los principios del autogobierno, permitían a los blancos compartir el poder con los habitantes de sus dominios; circunstancia ésta que ponía en entredicho las acusaciones de los antiimperialistas norteamericanos en el sentido de que el colonialismo socavaba el autogobierno²³.

La mejor aportación que podían hacer los nuevos historiadores consistía en estudiar el pasado para extraer del mismo las lecciones de la historia y preparar a la clase dirigente para que aplicara dichas lecciones a una serie de problemas que, desde su óptica, eran básicamente administrativos y no de justicia. Mientras tanto, en San Diego y en Los Ángeles, que también habían sido en tiempos territorio español, la cuestión de qué hacer con las nuevas posesiones era objeto de acalorados debates, aunque no para plantearse el tema de qué países habían desarrollado los métodos más benignos de administración colonial. Teniendo en cuenta cuáles eran los problemas que interesaban a los ciudadanos de San Diego y de Los Ánge-

23. *American Historical Review*, 5 (Abril, 1900), 425, 433, 434, 6 (Abril, 1901), 418-19; 7 (Abril, 1902), 422-23; *A.H.A. Annual Report... 1899*, vol. I, 20, 551-58.

les, la aportación que podían hacer los historiadores era nula. Como solía ocurrirles, se limitaban a hablar los unos con los otros.

Sin embargo, fue precisamente toda la problemática que rodeaba la adquisición de los territorios españoles de Ultramar la que llevó a un filósofo norteamericano a desarrollar una manera de pensar distinta a la de las instituciones de masas —a las que tanta importancia conferían los nuevos historiadores “científicos”— y a imaginar nuevas vías que permitieran valorar seriamente la experiencia individual y respetar la importancia de los distintos niveles de experiencia. Mediante esas nuevas vías, los individuos podrían satisfacer sus necesidades y crear sus propias verdades en lugar de tener que acomodarse a las verdades creadas por una disciplina académica o una institución; podrían, en definitiva, crear verdades ajustadas a sus propias necesidades, y no a las de los miembros de un círculo cerrado, y definir verdades que otros podrían contrastar con sus propias necesidades y experiencias. Cuando William James hubo encontrado las respuestas a las preguntas que le había suscitado aquella declaración de guerra contra la experiencia humana que, a su parecer, había acompañado la adquisición de las colonias españolas, surgió el “pragmatismo” y con él, nuevas formas de pensar, que a los historiadores del actual cambio de siglo, nos resultan más gratas de lo que les parecían a los de finales del siglo pasado y gracias a las cuales podemos reflejar mejor que ellos la variedad de relatos que circulaban en California del Sur en el 1900.

A medida que observaba cómo, en los meses finales de un siglo XIX que languidecía, primero los medios de comunicación, después las grandes empresas y las organizaciones profesionales y, finalmente, el propio Estado y el ejército se iban movilizandando para sofocar (James prefería usar el término “masacrar”) la rebelión de los filipinos que luchaban contra los Estados Unidos en defensa de su autogobierno, James se fue sintiendo cada vez más distanciado de lo que, en su opinión, constituía la fuerza motriz de la civilización norteamericana en el siglo XIX: la tendencia a unificar las experiencias bajo un común denominador que podía ser fácilmente manipulado por los sectores privilegiados del mundo de la empresa, la prensa y la política. ¿Cómo —se preguntaba angustiado— podrían los individuos recuperar la idea democrática original de los Estados Unidos e influir en el curso de la historia si su voz tan sólo se hacía oír cuando formaba parte de una masa que se había fabricado? Para James, el gran reto que había planteado el siglo XIX era ante todo cuestión de escala. “Por todas partes resuenan esas invocaciones al huero ídolo de lo “grande” y “exitoso” que están matando todo auténtico ideal o cualidad”, le comentaba a su hermano Henry James. En una cultura dominada por el nacionalismo, los partidos políticos, los medios de comunicación de masas y los monopolios, las virtudes individuales se hallaban indefensas: “los principios, la sinceridad, la honestidad y la sensibilidad han sido aplastadas”. Ante esto, ¿qué incidencia podía tener la acción de la persona individual? “Empiezo a pensar que todo lo “grande” es corrupto por necesidad”. Y proseguía: “La civilización no sería pues más que un torrente inmenso, hueco, retumbante, corruptor, sofisticado y confuso; mero ímpetu brutal e irracionalidad” que habría dejado a su paso “una persona individual impotente”.

La gran pregunta del futuro, escribía James en 1899, era cómo podrían los individuos recuperar el control sobre su destino:

“Soy contrario a todo lo “grande”, a todo lo “grandioso”, y un firme partidario de esas fuerzas moleculares que interrelacionan a los individuos, colándose subrepticamente por las ranuras del mundo cual si se trataran de otros tantos finos rizoides o del rezumar capilar del agua y que, no obstante, pueden con el tiempo llegar a resquebrajar los más sólidos monumentos de la soberbia humana. Cuanto mayor sea la dimensión de algo, más huera, más brutal y más falaz será la vida que despliegue. Por eso estoy en contra de todas las grandes organizaciones como tales, empezando por las de mi propia nación; contra todos los grandes triunfos y los grandes logros; y totalmente a favor de las fuerzas eternas de la verdad que siempre actúan sobre el individuo; sin mucho éxito inmediato y siempre desvaloradas, hasta que un día, tras un letargo de años, la historia las rescata y vuelve a colocarlas en lo más alto”.

¡He aquí un verdadero desafío a los historiadores científicos! En los más recónditos recovecos de su vida los individuos conservaban su capacidad de actuar con autonomía, y sería precisamente de tales espacios de intimidad desde donde “uno por uno, iremos saliendo lentamente a descubierto, y organizaremos la oposición [al imperialismo]”. A medida que fueran saliendo a descubierto, a medida que su propia experiencia y su relación con los demás les fuera enseñando a crear alternativas al poder dominante, descubrirían que las grandes instituciones estaban huecas, que se guiaban por los imperativos del éxito institucional y que, aquello que pretendían vender como valores, no eran sino abstracciones que ocultaban una irresponsabilidad y un afán de impunidad sin límites. En vez de aceptar la autoridad o la legitimidad de las grandes instituciones, James fue desarrollando una filosofía en la que los individuos podían, en lo fundamental, contrastar sus creencias con su propia experiencia como seres sociales e históricos. En su famoso ensayo del año 1899, *On a Certain Blindness in Human Beings* (Sobre cierta ceguera propia de los seres humanos), James formuló una doctrina que bien podría haberse elaborado a finales del siglo XX: “Quitadnos las manos de encima: ni la totalidad de la verdad ni la totalidad del bien son susceptibles de ser aprehendidos por un único observador, aunque cada uno de ellos obtenga una superioridad parcial en virtud de la posición específica en que se encuentra... Basta con que cada uno sea fiel a sus propias posibilidades y haga el mejor uso de sus virtudes, sin por ello pretender establecer unas reglas que afecten al resto de este amplio campo”²⁴.

24. JAMES, “On a Certain Blindness in Human Beings”, in *Selected Papers on Philosophy* (C.M. Blackwell, ed., London, 1917), p. 21. Las demás citas de James provienen de Ralph BALTON PERRY, *The Thought and Character of William James* (Cambridge, Mass., 1948), 248-249; la estructuración básica y algunas otras citas de Deborah J. COON, “One Moment in Th World’s Salvation”: “Anarchism and The Radicalization o William James”, *Journal of American History*, 83 (Junio, 1996), 70-99.

En lugar de esforzarse por descubrir leyes universales y verdades objetivas, James fijaba su atención en cómo los individuos iban configurando su propio destino dentro de unas determinadas coordenadas sociales. Al tomar decisiones hacían historia. Los relatos que construían podían tener cualquier magnitud temporal: una hora, un siglo o la eternidad. Toda aseveración que llegara a sus oídos sería contrastada con los datos de su propia experiencia. En suma, con su profunda convicción de que los individuos están constantemente creando y recreando sus marcos narrativos y sus convicciones, a medida que desarrollan nuevas necesidades y experiencias, James nos proporciona un método para aproximarnos a los relatos que sobre el fin de siglo contaban los ciudadanos de California del Sur mucho más eficaz que el de los historiadores que eran sus contemporáneos. Estos trataban de reinterpretar todo ese cúmulo de voces y experiencias para confeccionar una serie de leyes objetivas, lineales y unidireccionales que explicarían por qué determinadas naciones e instituciones conseguían imponerse a las demás. Al seleccionar sus temas, sus fuentes y la forma en que éstas habían de ser interpretadas, al rechazar los significados personales y locales de las fuentes y los testimonios, al preferir la exactitud a la autenticidad y, sobre todo, al tratar de meter todo en el gran saco de los relatos nacionales, los historiadores se quedaron aislados de la multiplicidad de niveles que presentaban los relatos por medio de los cuales los individuos configuraban y trataban de hacer habitables sus respectivos mundos. Con el pragmatismo, James abrió una vía que permitiría que los intelectuales conservaran su fe en la democracia, haciéndoles ver que las instituciones de masas no representaban a los individuos reales, sino que eran grandes agregados que beneficiaban ante todo a los líderes de opinión, mientras que los individuos retenían para sí su conciencia y sus pensamientos.

Creo que, a medida que nos vamos acercando a este nuevo cambio de siglo, aquellas certezas que los historiadores norteamericanos del 1900 imprimieron a su práctica de la historia quedarán cada vez más en entredicho. En cualquier caso, dudo mucho que en el futuro se dé por sentado la centralidad del estado-nación como base del contenido o la práctica de la historiografía. Tampoco me sorprendería que, en línea con el actual proceso de pérdida de fe en la ciencia y en la capacidad para predecir o controlar los acontecimientos, se adopten los puntos de vista de James sobre las fuentes históricas y se considere que los individuos tienen derecho a ver respetadas sus verdades parciales y el carácter único de su experiencia. Puede incluso que nuestras obras se parezcan a aquellas ediciones de fin de año de los periódicos de California del Sur, con sus relatos de múltiples niveles, sentidos y perspectivas, muchos de los cuales eran entre sí contradictorios por más que, a su vez, resultaran ciertos y estuvieran cargados de significado para quienes los habían creado.

Traducción: Borja GARCÍA BERCERO